

El primer propósito de esta obra es elaborar una historia de la crisis estructural iniciada en México a principios de la década de los setenta y que perdura hasta la actualidad, a pesar de la instrumentación de distintas políticas para superarla.

Se analiza entonces, la crisis del modelo de sustitución de importaciones durante los setenta; la reforma neoliberal iniciada a mediados de los años ochenta, así como la crisis de 1994-1995, punto de inflexión en la historia económica y política moderna de México, cuya gravedad se refleja en una generación de mexicanos marcada por el estancamiento, inflación e inestabilidad económicas, así como por la falta de oportunidades de empleo, creciente exclusión, descomposición social y deterioro del medio natural.

El segundo y principal propósito de este libro es sugerir caminos para salir de la crisis cuyo origen es diagnosticado por el autor para plantear una propuesta de estrategia alternativa de desarrollo que permita sustituir eficazmente al modelo neoliberal y reencontrar la ruta del desarrollo económico y social. Y sostiene que la vía neoliberal no es la única. Existen opciones viables, siempre y cuando se decida modificar el mapa político del país. La estrategia económica propuesta tendría como ejes principales la satisfacción de las necesidades básicas de la población, la construcción de un verdadero sistema productivo nacional, moderno e integrado, y la recuperación de los espacios de soberanía política y económica del Estado mexicano perdidos durante las últimas décadas, logrando así los objetivos de crecimiento duradero, estabilidad financiera y la solución de los problemas sociales más urgentes.

Para Arturo Guillén la crisis mexicana es un proceso complejo donde se articulan factores nacionales e internacionales, económicos y políticos, y por ello la plantea como un fenómeno que no puede entenderse al margen de la crisis del sistema político, por lo que es imposible concebir una estrategia económica exitosa si no se consolida la transición a la democracia.



Colección CSH

ISBN: 978-607-402-194-3



9 786074 021943



PLAZA Y VALDES
PYV
EDITORES

Arturo Guillén R.

México hacia el siglo XXI

Crisis y modelo económico alternativo

2ª edición
corregida
y aumentada

PLAZA Y VALDES
PYV
EDITORES

México hacia el siglo XXI

Crisis y modelo económico alternativo

ARTURO GUILLÉN R.


Casa abierta al tiempo

PLAZA Y
PYV
EDITORES

Índice

<i>Presentación</i>	15
<i>Capítulo I. La irrupción de la crisis en México en la década de los setenta</i>	19
1. El modelo de sustitución de importaciones y el <i>boom</i> de la posguerra	19
2. La crisis del modelo de sustitución de importaciones	23
3. El fracaso de la reforma económica de Luis Echeverría y la elección del camino del sobreendeudamiento externo	25
4. El "auge petrolero" y la "puntilla" al modelo de sustitución de importaciones	29
<i>Capítulo II. La transición al modelo neoliberal con Miguel de la Madrid (1983-1988)</i>	37
1. El acuerdo con el Fondo Monetario Internacional y la política de ajuste	37
2. Apertura comercial unilateral e indiscriminada	41
3. La flexibilización de la política de inversiones extranjeras	45
4. La redefinición de las funciones del Estado y el redimensionamiento del sector paraestatal	49
5. El sistema financiero paralelo, antecedente de la privatización bancaria	53
6. Recesión 1986-1987 y el fracaso del ajuste ortodoxo	54
<i>Capítulo III. La reforma salinista y la "consolidación" del modelo neoliberal</i>	63
1. El programa económico gubernamental 1989-1994	63

Índice

2. Programa de estabilización y pactos económicos	67
3. La renegociación de la deuda externa de 1989 en el marco del plan Brady	76
4. Profundización de la apertura comercial y tratados de libre comercio	81
5. La política de inversión extranjera y la apertura de la cuenta de capitales	91
5.1 La inversión extranjera directa	94
5.2 La inversión extranjera de portafolio	96
6. La privatización generalizada de empresas públicas y la reforma del Estado	101
7. La reforma financiera: liberalización y apertura	106
<i>Capítulo IV. La economía bajo el salinismo: de los sueños a la crisis</i>	111
1. La recuperación económica salinista 1989-1992	111
2. La desaceleración de la economía mexicana 1992-1994	115
3. La crisis de 1994-1995	122
3.1 La explicación oficial de la crisis	122
3.2 Otras explicaciones sobre la crisis	128
3.3 La crisis de 1994-1995 fue una crisis del modelo neoliberal y de un esquema internacional basado en el financiamiento privado de los desequilibrios	132
3.4 La crisis política	139
<i>Capítulo V. Sobreendeudamiento, crisis financieras y deflación</i>	149
1. Las condiciones de la reproducción del capital en la década de los noventa	149
2. El concepto de deflación	152
3. La teoría de la deuda-deflación de Irving Fisher	156
4. Los aportes de Keynes y Minsky a la teoría de la deuda-deflación	161
5. Sobreendeudamiento y crisis financieras	166

Índice

<i>Capítulo VI. El sobreendeudamiento y la crisis financiera y bancaria de México</i>	175
1. El sobreendeudamiento interno de la economía mexicana	175
2. El sobreendeudamiento externo	178
3. La gestación de la crisis financiera y bancaria	180
4. Crisis financiera y desarrollo de la deflación en la economía mexicana	186
<i>Capítulo VII. Economía y política en la administración de Ernesto Zedillo</i>	199
1. Continuidad de la ortodoxia y de la reforma neoliberal	199
2. La reforma electoral y la transición política a la democracia	206
3. La recuperación económica 1996-1997	208
<i>Capítulo VIII. Estrategia de desarrollo alternativa frente al modelo neoliberal</i>	221
1. Evaluación general del modelo neoliberal	221
2. Una estrategia alternativa de desarrollo es una necesidad objetiva para salir de la crisis	240
3. Ejes fundamentales de una estrategia alternativa de desarrollo	243
4. Objetivos de la estrategia alternativa	248
5. Necesidad de una política industrial y agropecuaria	251
6. Política comercial	259
7. La política salarial	262
8. La necesaria reforma del Estado	263
9. Papel de la inversión extranjera	269
10. Políticas cambiaria y monetaria para el crecimiento	270
11. El financiamiento del desarrollo debe descansar en una mejor utilización del excedente económico interno	283

Índice

11.1 La reforma del sistema financiero	287
11.2 La renegociación de la deuda externa	289
11.3 Necesidad de una reforma fiscal integral	292
<i>Apéndice: Un intento de explicación teórica de la crisis de 1970</i>	299
<i>Bibliografía</i>	313
<i>Posfacio</i>	321

Posfacio
Mexico en los años de la alternancia
(2000-2009): continuidad neoliberal y
regresión democrática

*Arturo Guillén**

Introducción

En el año 2000 concluyó la larga etapa de dominio y perpetuación del PRI como partido de Estado. Con la bandera del cambio Vicente Fox, un ranchero locuaz y carismático, ex-gerente de mercadotecnia de la Coca Cola, ex-gobernador del estado de Guanajuato, llegó a la Presidencia de la república bajo las siglas del PAN, y con el apoyo de algunos segmentos de la izquierda que llamaron a ejercer el llamado “voto útil”, ante las escasas perspectivas de triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas. Este porfiaba por la presidencia por tercera vez consecutiva.

* Profesor -Investigador Titular del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Coordinador del Posgrado en Estudios Sociales, Línea Economía Social de la misma universidad. Coordinador General de la “Red Eurolatinoamericana de Estudios para el Desarrollo Celso Furtado”

La alternancia electoral se dio con el beneplácito de amplios sectores de la población y la opinión pública internacional, incluyendo al gobierno de los Estados Unidos quien desde tiempo atrás, propugnaba por un bipartidismo “a la yanqui” para México. Se consideraba que la derrota del PRI al sacarlo de los Pinos, significaba la consolidación de la democracia y el fin del presidencialismo y del autoritarismo priísta, y que abría la posibilidad de la puesta en marcha de un nuevo modelo económico ofrecido por Fox durante su campaña. Incluso un opositor radical como el subcomandante Marcos vio en la alternancia la muerte del partido de Estado. “Con este ¡NO! hecho arma y bandera, una multitud anónima de mexicanos le dieron el tiro de gracia a un sistema político que, por más de siete décadas, sembró de cadáveres la historia nacional (Marcos, 2000)”.

Poco tiempo tuvo que pasar para que las perspectivas de cambio democrático y de modelo económico se desvanecieran. El modelo neoliberal no sólo se mantuvo con Fox y después con Felipe Calderón, sino que se profundizó con nuevas reformas. Las políticas monetaria y fiscal conservaron su carácter procíclico restrictivo, bajo los parámetros del Consenso de Washington, mientras que la transición democrática se frustró, como lo evidenció, entre otros signos ominosos de antidemocracia, el “golpe de Estado preventivo” de 2006, gestado desde el poder para impedir el ascenso al gobierno del candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador.

Continuidad del neoliberalismo

En materia económica, los gobiernos de Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderón (2006-2012) en vez de cambiar el modelo económico neoliberal han seguido fielmente las políticas aconsejadas por el Consenso de Washington (Williamson, 1990).

Han conservado en la cúpula del sector hacendario-financiero del Estado a los mismos hombres del salinismo y del zedillismo. Los mismos funcionarios, tecnócratas neoliberales educados en universidades estadounidenses, siguieron haciendo lo mismo y reproduciendo las mismas políticas fundamentalistas de mercado. Se continuaron aplicando políticas monetarias y fiscales restrictivas de carácter procíclico, cuyo objetivo explícito es controlar la inflación, pero cuyo propósito implícito es favorecer la atracción de flujos externos de capital y complacer al capital financiero internacional con altas tasas de retorno; se continuó con una política cambiaria de “flotación administrada” de la moneda, lo que provoca la apreciación persistente del peso mexicano; se mantuvieron los *topes salariales* y la práctica nociva de fijar los aumentos de salario en función de la inflación esperada y no de la inflación pasada. Como he planteado en otro trabajo (Guillén, 2007) las políticas monetaria, cambiaria, fiscal y salarial restrictivas constituyen los “nudos críticos” de la política neoliberal; son los que definen la inserción subordinada de México en la globalización y los que determinan la tendencia al estancamiento económico de nuestro sistema productivo, como se trata de explicar abajo.

La reforma neoliberal siguió adelante, tanto mediante la profundización de las llamadas “reformas de primera generación” como de las reformas de segunda generación” destinadas supuestamente a reforzar el marco institucional para el desarrollo (Williamson y Kuczynski, 2003). En materia de “reformas estructurales”, durante los dos últimos sexenios se efectuaron las siguientes acciones, que confirman la adherencia del gobierno de México a los parámetros del Consenso de Washington:

1. Se conservó sin cambios la política comercial de apertura externa indiscriminada y sigue sin existir una política industrial digna de ese nombre; se piensa que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) no debe revisarse. En su lugar, durante la administración foxista se propuso un *TLCAN plus* (convertido más tarde en Alianza para la Prosperidad y la Seguridad de América del Norte (ASPAN). A cambio de un plan migratorio lejano e insuficiente ofrecido por la administración de Bush II, se ofreció entregar al capital trasnacional, por la vía de la privatización formal, o, paso a paso, por la vía de los hechos, y al margen de la Constitución, el sector energético, además de comprometerse a apoyar y subordinarse a la política estadounidense de seguridad fronteriza y de lucha contra el terrorismo.
2. La apertura de la cuenta de capital y del sector financiero se mantiene sin alteraciones: los flujos privados de capital siguen siendo, junto con las remesas de trabajadores en el exterior, el principal mecanismo de financiamiento del desequilibrio externo; y se prosigue un endeudamiento acelerado tanto interno como externo, sin considerarse algún cambio en los esquemas de pago del servicio de la deuda externa, ni una revisión de los onerosos programas de rescate de la banca, carretero, etcétera.
3. Se ha pretendido, hasta ahora sin éxito, aprobar una reforma laboral, cuyos propósitos son “flexibilizar”, es decir, *precarizar* más el mercado de trabajo cercenando derechos y prestaciones de los trabajadores.
4. Se continuó con la política de privatización en el sector estratégico de la energía: generación y comercialización de energía eléctrica, explotación y distribución de gas, petroquímica. La apertura al capital privado por la vía de los hechos y de la concesión de ilegales contratos de servicios

- múltiples y otros mecanismos, ha proseguido sin pausa, ante la derrota del proyecto privatizador de reforma de la Ley de PEMEX.¹
5. La privatización se extendió a otros bienes públicos fundamentales como el sistema de pensiones de los trabajadores del Estado pertenecientes al régimen del ISSSTE, a través de la creación del PENSIONISSTE, así como la subrogación de los sistemas de salud y de las guarderías del IMSS.
 6. Se preservó la independencia del Banco de México y se defendió su objetivo único de velar por el control de la inflación y la estabilidad monetaria, despreocupándose de su papel en el crecimiento y el empleo. Su “independencia” significa que el banco central se encuentra más cerca del Departamento del Tesoro y de la Reserva Federal (FED) estadounidense, así como del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, que del Estado mexicano. En tal virtud, la política monetaria está más enfocada a garantizar el flujo mundial de los capitales financieros globales, que en promover el crecimiento, la inversión y el empleo internos.
 7. Se ha pretendido, hasta ahora sin éxito, aprobar una reforma laboral, cuyos propósitos son “flexibilizar”, es decir, *precarizar* más el mercado de trabajo mediante el abatimiento de los salarios reales, la institucionalización del trabajo temporal y el cercenamiento de derechos y prestaciones de los trabajadores.

¹ Sobre el debate en torno al proyecto privatizador de reforma de Pemex, presentado por el gobierno de Felipe Calderón y derrotado en el Congreso principalmente por la movilización popular impulsada por el Movimiento Nacional por la Defensa del Petróleo y la Soberanía encabezado por Andrés Manuel López Obrador, véase Frente Amplio (2008).

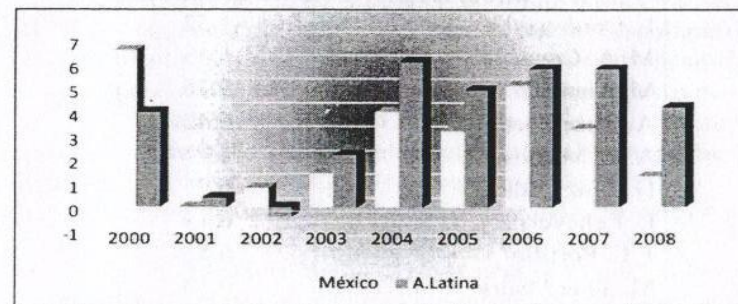
La tendencia al estancamiento económico bajo los parámetros del Consenso de Washington

México ha sido desde que se insertó de manera pasiva en la globalización neoliberal, a raíz de la crisis de la deuda externa, un alumno consentido de Washington y de los organismos multilaterales, celosos guardianes de lo que Bresser-Pereira (2007) llama la *ortodoxia convencional*. En ese lapso, México se convirtió en una "potencia" exportadora y abrió su economía como ningún otro país del subcontinente: en 2008 el grado de apertura llegó a 55.5%, contra sólo 16.3% en 1981. Sin embargo, los resultados en materia de crecimiento y empleo han sido mediocres, mientras que el ingreso se concentró como nunca antes y proliferaron como los hongos la informalidad y la migración de mano de obra hacia los Estados Unidos.

Durante el periodo 2000-2008, el crecimiento del PIB y del PIB por habitante en México fue inferior en casi todos los años al conseguido por la región latinoamericana en su conjunto, con excepción de los años 2000 y 2002. Durante el sexenio foxista, la tasa promedio de crecimiento anual fue de sólo 2.4% y en lo que va del gobierno calderonista (2007-2008), el crecimiento promedio fue de 2.3%, cifra que todavía no registra el desplome sin precedente de la actual recesión. Como ya es conocido, el crecimiento promedio del PIB durante las administraciones neoliberales (desde De la Madrid a la fecha) se queda muy atrás del conseguido en la etapa anterior de la sustitución de importaciones (gráficas 1 y 2 y cuadro 1).

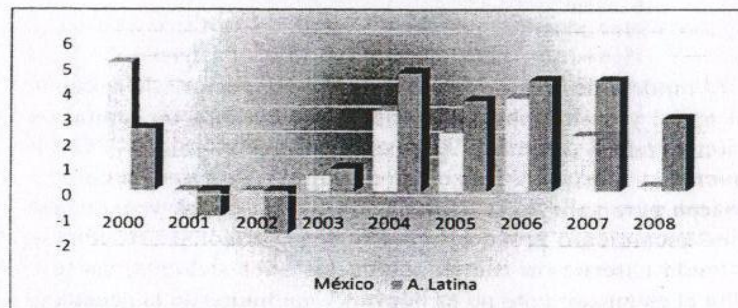
Los malos resultados en materia de crecimiento no pueden atribuirse solamente a errores de política económica o a una aplicación equivocada del modelo, ya que otros países que se adhirieron a éste en los años ochenta, como Argentina o Brasil, obtuvieron resultados semejantes.

Grafica 1
Tasa media de crecimiento real anual del PIB
(México y América Latina)



Fuente: Informe Anual 2008 del Banxico y el *Estudio Económico de AL y el Caribe* (CEPAL, 2009).

Grafica 2
Tasa de crecimiento real del PIB per cápita
(México y América Latina)



Fuente: Informe Anual 2008 del Banxico y el *Estudio Económico de AL y el Caribe* (CEPAL, 2009).

Cuadro 1
Tasa media de crecimiento real anual del PIB
(Sexenios)

L. Cárdenas	4.52
M. A. Camacho	6.15
M. Alemán	5.78
A. Ruíz Cortines	6.42
A. L. Mateos	6.73
G. Díaz Ordaz	6.75
L. Echeverría	6.13
J. L. Portillo	6.51
M. de la Madrid	0.18
C. Salinas	3.91
E. Zedillo	3.39
V. Fox	2.42
F. Calderón*	2.30

Fuente: elaboración propia con base en http://www.economia.com.mx/crecimiento_del_pib_de_mexico.htm y Banxico.

* 2007-2008.

El modelo de crecimiento basado en la apertura de la cuenta de capital y en la importación de flujos privados de capital exterior, tiende a generar el estancamiento económico. Paradójicamente la apertura de la cuenta de capital fue ofrecida como la panacea para salir de la llamada “década perdida” y su secuela de estancamiento provocada por la renegociación ortodoxa de la deuda externa de comienzos de los años ochenta. La tesis sobre el estancamiento no es nueva. A mediados de la década de los años sesenta Celso Furtado (1965) la propuso, al descubrir los límites de la *industrialización sustitutiva* (ISI), cuando ésta

entraba en lo que los estructuralistas identificaron como su “etapa difícil”, caracterizada por una creciente producción de bienes intermedios y de capital. Furtado sostuvo que en esa etapa, la “restricción externa” se constituía en un límite para la prosecución de la acumulación de capital.² La explicación furtadiana del estancamiento no resulta suficiente para explicar el estancamiento latinoamericano de la hora presente. Si bien el modelo neoliberal no ha resuelto tampoco la restricción externa y ésta sigue siendo un obstáculo objetivo el crecimiento, el estancamiento actual tiene diferencias específicas respecto al de la ISI.

El estancamiento de nuestros días tiene más que ver con la apertura de la cuenta de capital y con la “financiarización” de la economía, No obstante que la entrada neta de capital extranjero reactiva en un primer momento la inversión y el crecimiento de las economías, sus efectos son magros y temporales. Se trata como ha planteado alguien, del “vuelo de la gallina”. Su vuelo es corto y a ras de tierra. Está demostrado, tanto en los hechos como en la teoría, que las políticas neoliberales del Consenso de Washington han conducido a México y a América Latina a un callejón sin salida de estancamiento, desigualdad y pobreza (Guillén, 2007; French Davis, 2005; Bresser-Pereira, 2007 y 2000). El ingreso de ahorro externo (fundamentalmente especulativo), que es la base financiera del modelo neoliberal (MN), no crea condiciones para un crecimiento durable de las economías. La apertura irrestricta e indiscriminada de la cuenta de capitales, más que provocar un incremento de la inversión como lo postula la teoría estándar, desplaza el ingreso de ahorro externo hacia el consumo privado, lo que impide que la reactivación se sostenga. Además, el influjo de ahorro externo provoca, por un lado, el incremento del déficit en cuenta corriente por las crecientes

² Sobre el debate de esa época sobre el estancamiento, véase Tavares y Serra (1998).

importaciones derivadas del aumento del consumo privado, la mayor concentración del ingreso y la ruptura de las cadenas productivas internas. Por el otro lado, induce a un creciente endeudamiento externo de los agentes económicos.

El MN no ha permitido elevar sustancialmente la tasa de inversión y, por ende, los niveles de empleo en la economía formal. Al comparar el periodo 1983-1991 con 1991-1998, French Davis (2005: 69) encuentra que mientras el ahorro externo utilizado (flujos netos de capital del exterior menos acumulación de reservas) en América Latina aumentó en 2.4 puntos porcentuales del PIB, el coeficiente de inversión creció apenas en 0.8 puntos del PIB. En México, la tasa de inversión bruta se mantuvo durante los años noventa en niveles entre el 18 y 20%, superior a las mediocres cifras de la "década perdida", pero inferiores a las alcanzadas durante el modelo de sustitución de importaciones. En Argentina, la tasa de inversión bruta en el periodo neoliberal se movió en niveles parecidos. En 1998 la tasa de inversión bruta en ese país era de 20% del PIB, pero con la crisis se desplomó a 12% en 2002. Como dice Aldo Ferrer (2008: 1) refiriéndose a la economía argentina del menemismo:

La crisis [de 2001] fue el epílogo de una estrategia económica fundada en un paradigma que demostró ser incompatible con el crecimiento de la economía argentina y el bienestar social e, incluso, con los equilibrios fundamentales para el funcionamiento de un sistema económico. Tal estrategia provocó un deterioro sin precedentes en el tejido social y productivo del país y concluyó desorganizando los tres ejes fundamentales que mantienen el orden de una economía moderna, a saber: el presupuesto, los pagos internacionales y la moneda.

El MN se sustenta, como se dijo arriba en dos pilares básicos: una política monetaria restrictiva y procíclica, y un tipo de cambio sobrevaluado (Guillén, 2007). La política monetaria

restrictiva, enmarcada en objetivos antiinflacionarios, ha sido una condición para atraer flujos privados de capital del exterior y evitar la fuga de capitales. La entrada de capitales, a su vez, provoca la sobrevaluación persistente de la moneda. Tasas de interés reales altas y tipo de cambios sobrevaluados se convierten así, en el tributo indispensable que reclaman los capitales externos para ingresar a los países emergentes, lo que, sin embargo tiene un impacto desfavorable en el crecimiento económico y en la creación de empleos.

El crecimiento sustentado en el ahorro externo, como el que se promueve bajo las premisas del Consenso de Washington, resulta efímero y, por tanto, no sostenible. El ingreso de capitales del exterior, en el marco de políticas monetarias pasivas y restrictivas, puede tener, temporalmente, un efecto positivo en el crecimiento económico, pero no crea las condiciones para una expansión alta y perdurable, aspecto fundamental en cualquier política auténtica de desarrollo. En efecto, la reactivación de los flujos externos de capital generalmente ocurre después de un periodo de crisis, en el cual existe un alto margen de capacidad productiva ociosa. El ingreso de capitales produce un efecto reactivador en la demanda agregada, sobretodo del consumo privado (acicateado, además, por la tendencia a la concentración del ingreso). El PIB real crece, pero lo hace por debajo de la oferta potencial, la cual está definida por la capacidad productiva instalada. De allí que el efecto de ese crecimiento en la tasa de inversión sea marginal. Al mismo tiempo, como se ha dicho, crecen las importaciones de bienes de consumo de lujo y las importaciones de insumos y con ellas el déficit en cuenta corriente financiado por el superávit de la cuenta de capital. Si bien puede presentarse una elevación de la productividad, esta resulta de un mejor uso de los recursos existentes, más que de una expansión de la capacidad productiva.

Sin embargo, es justo en ese punto donde se detienen los efectos “virtuosos” del crecimiento económico sustentado en el ahorro externo. Como afirma French Davis (2005: 70): “Al completarse la reactivación, alcanzándose la frontera productiva, cualquier demanda agregada adicional requerirá nueva capacidad productiva para satisfacerla y, por consiguiente, de nueva inversión para generarla”.

En otras palabras, en esa fase del ciclo, sostener el crecimiento implicaría incrementar sustancialmente la tasa de inversión. Sin embargo, ello no sucede. El ingreso de capital externo provoca un desplazamiento del ahorro interno hacia el gasto, el consumo privado y el ahorro financiero, más que un crecimiento de la tasa de inversión. Al mismo tiempo, genera la apreciación de la moneda, fomenta la especulación en los mercados de valores; e incrementa el endeudamiento externo de los agentes, creando, de esa forma; las condiciones para una crisis financiera.

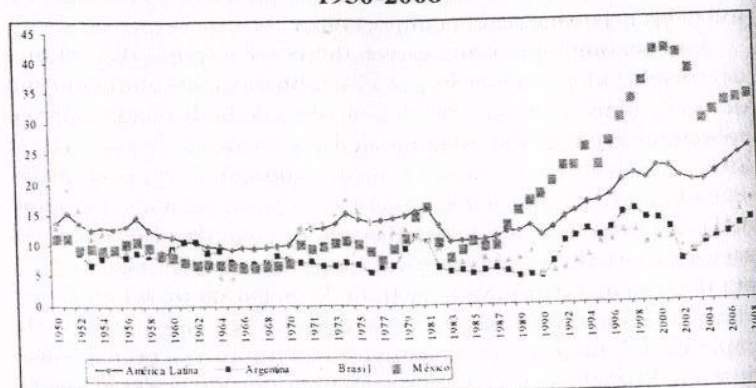
La crisis mexicana de 1994-1995 como después la asiática, la rusa, la brasileña y la argentina, demostraron que cuando los operadores financieros globalizados consideran que los desequilibrios provocados en gran medida por la propia operación de los capitales que representan ya no son sostenibles, inician los ataques especulativos sobre las monedas y provocan la estampida de los capitales. Como he señalado en otro trabajo (Guillén, 2007a: capítulo VII), el efecto desequilibrador de los flujos externos de capital sobre variables económicas claves se presenta, tanto en la fase anterior a la crisis financiera, como al precipitarse ésta. En el periodo anterior al estallido de una crisis, cuando el ingreso de capital especulativo es intenso, éste genera, como dije arriba, sobrevaluación de la moneda, aumento del déficit externo, sobreendeudamiento, etc. En otras palabras, el ingreso de capital afecta los “fundamentales” de la economía, pero en un sentido negativo. Una vez que irrumpe la crisis, se producen los efectos contrarios. La estampida de los capitales hacia otros mercados

precipita la devaluación abrupta de la moneda, el derrumbe de los precios de los activos financieros e inmobiliarios, la contracción del crédito y demás efectos deflacionarios que acompañan a todas las crisis financieras importantes.

La economía mexicana carece de motor interno. Bajo el modelo exportador impulsado por el neoliberalismo, el dinamismo de la economía depende casi enteramente de la demanda externa, sobretodo del mercado estadounidense a donde se dirigen más de 80% de las ventas externas. El sector exportador está poco diversificado y se restringe a unas cuantas empresas y ramas. La mitad de las exportaciones son generadas por las maquilas. Los nexos del sector exportador con el resto del sistema productivo son nulos, o por decir lo menos, escasos. Se trata de un patrón de acumulación altamente dependiente de las importaciones, lo que le resta capacidad dinámica y se constituye en un límite a su propia reproducción. El coeficiente de importaciones ha crecido aceleradamente con el MN, pero principalmente después de la entrada en vigor del TLCAN. La dependencia en las importaciones es mucho mayor que la que registra América Latina en su conjunto (gráfica 3).

Vidal (2008) ha evidenciado cómo el sector exportador depende cada vez más de las importaciones de insumos, por lo que debe financiar su reproducción crecientemente con otras fuentes de divisas, como las exportaciones de petróleo o las remesas de trabajadores migrantes. Las importaciones asociadas a las exportaciones no petroleras pasaron del 57.4% en 1995 a 63.7% en 2004 (Vidal, 2008: 74). Es claro entonces, que el dinamismo de la economía mexicana depende altamente del ciclo estadounidense, no sólo en lo que se refiere a las exportaciones manufactureras, sino también por lo que respecta al valor de las remesas y el valor de los ingresos petroleros. El sector exportador opera como un enclave, muy al estilo del sector agro-minero moderno bajo el modelo primario-exportador. Como dice J.A. Ocampo (2006: 20-21), al hacer un balance de la economía latinoamericana:

Grafica 3
Coeficiente de importación en América Latina
1950-2008



Fuente: CEPAL.

[...] El fracaso de América Latina bajo el 'Consenso de Washington' puede explicarse por la ausencia del tal estrategia de transformación estructural y por las insuficiencias dinámicas [...] la extensa destrucción de actividades económicas preexistentes, el carácter de "enclave" de muchas de las nuevas actividades dinámicas, la capacidad limitada para difundir al resto de la economía los aumentos de productividad de las empresas y los sectores líderes, la incapacidad de estos sectores para absorber los factores productivos desplazados de las actividades no competitivas, y como resultado de todo ello, la expansión de la heterogeneidad estructural.

Existen restricciones en el sector financiero que agravan la tendencia al estancamiento. México tiene una banca comercial cuya contribución al proceso de inversión es casi nula, así como una banca de desarrollo en ruinas y en proceso de liquidación por parte de los neoliberales. La banca comercial, en manos del

capital extranjero, se ha enfocado, principalmente a financiar el consumo de los grupos de altos ingresos.³ Como dice Ibarra (Ibarra 2009: 16)":

El sector financiero se ha especializado en otorgar crédito caro a las compras y viajes de las familias, alentando patrones de consumo insostenibles en un país pobre y en financiar papel gubernamental con tasas de interés sensiblemente superiores a las que prevalecen o prevalecían en los mercados externos. El crédito a la producción está en alto grado ausente y se ha dejado a cargo principalmente de instituciones del exterior que ya cierran la llave a las empresas nacionales ante la crisis internacional.

En resumen, el MN no permitió a México salir de la crisis del anterior modelo. El patrón exportador de economía abierta no significó una nueva vía al desarrollo económico-social, sino en muchos sentidos una regresión histórica, una desviación del camino del desarrollo. Los propulsores del Consenso de Washington plantearon que la reforma neoliberal permitiría recuperar el crecimiento y con el tiempo este "gotearía" al conjunto de la población. Los resultados obtenidos demuestran la futilidad de esperar el desarrollo con sólo confiar en el mercado, abrir la economía y privatizar los bienes públicos. Los resultados, más bien, han sido, el "mal desarrollo" como acostumbraba llamarlo Furtado, el estancamiento crónico y la profundización de la heterogeneidad estructural, con toda su cauda de informalidad y de pobreza acrecentada. La alternancia política hacia el panismo no implicó ningún cambio en la estrategia económica, sino sólo una recomposición del grupo gobernante.

³ En México, la participación del consumo privado en el PIB aumentó del 65 al 70% del PIB entre 1980 y 2007 (Ibarra, 2009: 17)

Nuevo bloque en el poder y recomposición de la oligarquía

El tránsito de México hacia el neoliberalismo significó no sólo la instauración de un nuevo patrón de acumulación de capital, sino también cambios en la estructura social y reacomodos en el *bloque de poder*. Entiendo el concepto *bloque de poder* en el sentido que le da Poulantzas: “este concepto de bloque en el poder, que no es usado expresamente por Marx y Engels, indica así la unidad contradictoria particular de las clases o fracciones de clase dominantes, en su relación con una forma particular del Estado capitalista”.

De acuerdo con Poulantzas, quien sigue en esto a Gramsci, una de las fracciones que integran el bloque en el poder juega el papel de fracción hegemónica.

Puede, sin embargo, comprobarse que la función de hegemonía en el bloque en el poder y la función de hegemonía, respecto de las clases dominadas *se concentran por regla general en una misma clase o fracción*. Esta se erige en el lugar hegemónico del bloque en el poder, constituyéndose políticamente en clase o fracción hegemónica del conjunto de la sociedad” (Poulantzas, 1968: 302 y 310).

En el caso de México desde hace varias décadas y como consecuencia del intenso proceso de concentración y centralización de capital y de transnacionalización que experimentó la economía mexicana al final de la etapa de la ISI, una reducida oligarquía financiera domina la economía y se convierte en la fracción hegemónica del bloque en el poder. En un excelente libro de esa época Alonso Aguilar (Aguilar y Carrión, 1975), llegaba a la conclusión de que el núcleo del poder económico se concentraba en no más de un millar de familias. Su inmenso poder económico aseguraba su hegemonía en la definición de la política en el seno del Estado.

La oligarquía [está] formada por no más de un millar de influyentes mexicanos, de unos mil capitalistas del sector privado y del público, que, en virtud de las posiciones que ocupan tanto en el proceso económico como en la estructura del poder, constituyen el núcleo que controla el grueso de la riqueza e influye decisivamente en la vida económica y política de la nación (Aguilar y Carrión, 1975: 112).

El MN introdujo modificaciones importantes en la composición de la clase dominante y en la de propia oligarquía. El Consenso de Washington implicó en el terreno político, una alianza estrecha entre el capital financiero de los centros y las elites internas de la periferia, con el objeto de desplegar la globalización. En la década de los años ochenta, varios de los grandes grupos económicos mexicanos, así como las empresas transnacionales que operaban en el país fundamentalmente para el mercado interno, lograron reconvertir sus empresas y orientarlas hacia el mercado externo. Otros grupos y empresas medianas y pequeñas fracasaron en este proceso de reestructuración y quedaron ancladas a un menguado mercado interno. Nuevos segmentos de la oligarquía vinculados al sistema financiero paralelo promovido durante el régimen de Miguel de la Madrid (véase capítulo II de este libro), emergieron y se instalaron en la cúspide del poder. El proceso de privatización de empresas estatales y paraestatales (acumulación por desposesión como le llama D. Harvey, 2003), impulsado durante la administración de Salinas de Gortari, favoreció el proceso de recomposición de la oligarquía mexicana. La “nueva oligarquía” se insertó, principalmente, en la banca, en las telecomunicaciones y en los medios masivos de comunicación. Nuevos apellidos —Slim, Hernández, Harp Helú, Salinas Pliego— se agregaron a la lista de los supepoderosos.

La fracción hegemónica en el poder en México está integrada por los dueños de los grandes grupos monopolistas nativos con intereses entrelazados en la industria, el comercio, las finanzas, los

servicios; por los propietarios de los medios masivos de comunicación en la televisión, la radio y los grandes diarios nacionales y regionales; y por los altos jerarcas de las iglesias y el ejército. Las empresas y bancos transnacionales no son parte integrante, en sentido estricto, de la clase dominante; sin embargo, sus intereses en México son representados por la oligarquía interna, la cual es su socia menor o gestora.

La concentración del ingreso es un problema ancestral de México y de América Latina desde los tiempos de la Colonia. Con el neoliberalismo este proceso de concentración del ingreso y de la riqueza se acentuó como nunca antes. El MN ha sido una fábrica de pobres en la base de la pirámide y de ultrarricos en la cima. Según datos de la última Encuesta de Ingresos y Gastos de los Hogares publicada por el INEGI, en 2008 el 20% más pobre de la población (deciles I y II) recibía solamente 4.6% del ingreso nacional, mientras que, en el otro extremo, 20% más rico (deciles IX y X) absorbía el 52.4 por ciento. El decil más rico (X) por sí solo, captaba 36.3% del ingreso nacional, mientras que el decil más pobre (I) solo alcanzaba a recibir 1.7 por ciento. En otras palabras, 10%, más rico, que es el estrato que tiene acceso a formas de consumo del Primer Mundo, recibía un ingreso 23 veces mayor al que recibía 10% más pobre. Con todo lo dramático que estos datos son, en realidad poco dicen sobre la gravedad del problema de la concentración del ingreso y de la riqueza. En verdad los realmente ricos no pasan de ser 1% de la población, y dentro de estos probablemente el 0.1% más rico es donde se ubica la oligarquía, que es la verdadera dueña del poder económico, y la que ejerce su dominio sobre el conjunto del bloque del poder y sobre el poder político estatal en México.

No es un accidente de la historia sino una derivación necesaria del modo de operar del neoliberalismo, que mientras México se estancaba y la pobreza se extendía, el número de multimillonarios mexicanos listados en la revista *Forbes* se robustecía. Ésta en

2009 incluía a nueve mexicanos entre la lista de multimillonarios del mundo.⁴ Ellos son Carlos Slim (Grupo Carso, Telmex), Alberto Bailleres (Grupo Peñoles, El Palacio de Hierro), Ricardo Salinas Pliego (TV Azteca), Jerónimo Arango (Wall Mart), Germán Larrea (minería), Roberto Hernández (Banamex-Citigroup), Emilio Azcárraga (Televisa) y Alfredo Harp Helú (Banamex Cta. Citigroup, Grupo Martí). Como se observa, la mitad de esa lista corresponde a la “nueva oligarquía” encumbrada durante la administraciones neoliberales, mientras la otra mitad correspondería a la “vieja oligarquía”. En 2008 apareció también en la lista de *Forbes* el narcotraficante, Joaquín Guzmán Loera, alias *el Chapo*, líder del cartel de Sinaloa, para dejar constancia de la recomposición del bloque en el poder, de la importancia del narcotráfico en la economía mexicana y de los avances de México en la erección de un narcoestado.

Son pocos los estudios sobre la riqueza concentrada en manos de la oligarquía mexicana, por lo que resulta complicado calcular su peso económico. En un interesante estudio patrocinado por el Banco Mundial (Guerrero, López Calva y Walton, 2006: 6-9) estiman que los multimillonarios listados por *Forbes* acumulan una riqueza equivalente a 5 y 6% del PIB, y tienen “un ingreso potencial de casi 400 veces el 0.1% más alto de la encuesta (se refieren a la Encuesta de Ingresos y Gastos de los Hogares) y casi 14 mil veces el del promedio de la población”.

A la par de la acentuación de la concentración del ingreso en manos de una minúscula aunque cambiante oligarquía, se aceleró el proceso de transnacionalización de la economía y de integración al sistema productivo estadounidense, proceso favorecido por la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Los gobiernos mexicanos de la

⁴ En dicha lista y no tampoco por azar aparecen trece multimillonarios brasileños.

alternancia en vez de abrir la renegociación del TLCAN, como lo ha planteado diversos sectores afectados para reducir las asimetrías, rechazan su revisión. En cambio no han tenido empacho en integrarse a la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN), donde los gobiernos canadiense y mexicano se han subordinado a la política de seguridad antiterrorista de los Estados Unidos, marco en el cual nació la Iniciativa Mérida.

Del sufragio efectivo a la democracia simulada

En materia política y de fortalecimiento de la democracia, los gobiernos de la alternancia tienen también poco de que ufanarse. Si bien la insostenible hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI) como partido de Estado concluyó en el 2000, existen numerosos retrocesos que amenazan con reducir la democracia a un ejercicio hueco y costoso del voto, mientras se refuerzan las tendencias a la centralización, el endurecimiento y la descomposición del poder. La transición democrática se paralizó.

De manera meramente ilustrativa se podrían citar los siguientes hechos que evidencian la involución democrática: la utilización del Poder Judicial por el Ejecutivo con fines políticos o represivos; el uso abusivo de los medios masivos de comunicación —nido imperial de la oligarquía— para mantener la hegemonía del proyecto neoliberal, promover las candidaturas de candidatos funcionales a dicho proyecto, así como para fabricar e implementar escándalos en contra de adversarios políticos y moldear la opinión pública en función de los intereses de la fracción hegemónica; retrocesos en la ciudadanía de los órganos electorales, los cuales se han convertido en cotos de los partidos políticos y del Ejecutivo; la refuncionalización y reciclamiento del

movimiento obrero corporativo, de acuerdo con las necesidades del Ejecutivo en turno y del bipartidismo (PRI-PAN) neoliberal; la legalización, vía Fobaproa-IPAB de los fraudes bancarios; el financiamiento ilegal de las precampañas y campañas políticas; el aumento escandaloso de la corrupción pública y privada; el ascenso imparable del narcotráfico y de su vinculación con el poder estatal; la represión de los movimientos sindical y popular (Atenco, APPO de Oaxaca, etc.); y, como cereza del pastel del “cambio democrático”, unas elecciones presidenciales en julio de 2006, que carecieron de certeza, objetividad, equidad e imparcialidad, y que dividieron profundamente a la sociedad mexicana. Más que un fraude al viejo estilo priísta —como la caída del sistema de 1988 para impedir el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas—, en 2006 se fraguó, desde antes de las elecciones, un “golpe de estado preventivo” para impedir a toda costa, desde el poder y con el contubernio de los medios masivos de comunicación y de personajes de la oligarquía, la llegada Andrés Manuel López Obrador al gobierno. Esos y otros tantos signos ominosos que revelan no sólo una regresión democrática, sino un preocupante proceso de descomposición social, política y moral de México.

Así paralelo al proceso de concentración del poder económico y de creciente subordinación a los Estados Unidos, en México se produce un proceso de centralización del poder político. Más que una democracia real donde el pueblo decide su gobierno, se vive una democracia simulada, una democracia hueca donde las elecciones se convierten en un mero cascarón para legitimar el poder concentrado. La democracia representativa se convierte en un costoso escenario donde los electores validan en las urnas, los candidatos previamente elegidos por la cúpula oligárquica. El sufragio efectivo, vieja aspiración democrática de México, es sustituido por la simulación democrática.

Desde la posguerra, el connotado intelectual marxista, György Lukács, se refería a la crisis de la democracia como “la contradic-

ción entre la libertad e igualdad políticas y la libertad e igualdad reales de las personas (Lukács, 2003: 29). De acuerdo con este autor, en la etapa monopolista del capitalismo, cuando el poder se concentra en la oligarquía financiera “se expresa una de las debilidades centrales de la democracia formal burguesa: las masas aparecen —formalmente, en el acto de votación— como soberanos absolutos, inapelables; de facto son, sin embargo, *por completos carentes de poder*⁵ y también deben —según la voluntad de los verdaderos manipuladores— permanecer carentes de poder. Baste, para aclarar totalmente este estado de cosas, con señalar unos pocos hechos, como el costo excesivo del aparato electoral, los diarios para las masas, etc., cuyo carácter económico necesariamente concentra todo el poder en pocas manos [...] Brevemente: la así llamada nueva elite es elegida en realidad por unas pocas figuras anónimas que generalmente permanecen en la sombra; en parte se elige a sí misma (Lukács, 2003: 35)”.

Si esto era así en la Europa de la posguerra enraizada en viejas tradiciones democráticas y donde existían poderosos partidos y organizaciones obreros, cuanto más no lo será en un país como México, paraíso de la desigualdad y donde el sufragio efectivo sigue siendo una aspiración sólo alcanzada en contadas ocasiones a lo largo de su historia. Si esto era así en la época de los grandes diarios escritos, que no será en la época de los medios masivos de comunicación, de CNN, de Televisa y TV Azteca. Atrás y antes de los electores, están los “grandes electores” de la oligarquía minúscula que domina México, y que ejerce su dominio en el poder estatal, tanto en la sociedad política como en los espacios de la sociedad civil donde predomina. Como lo planteó con razón, el dirigente opositor López Obrador en su carta al presidente estadounidense Barack Obama:

⁵ Cursivas mías

“La oligarquía imperante se conformó al amparo de las falacias del modelo neoliberal y partir de que un presidente ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) entregó a sus allegados —especuladores, traficantes de influencia y políticos corruptos— empresas públicas, bancos, y otros bienes del pueblo y de la nación. Al paso del tiempo, estos personajes no sólo siguieron acumulando riquezas, como no se ha visto en otra parte del mundo, sino que fueron también adquiriendo poder político hasta convertirse en una elite dominante que está colocada por encima de las instituciones constitucionales. Además son dueños o controlan los principales medios de comunicación y fueron los que promovieron el fraude electoral de 2006 para impedir un verdadero cambio e imponer un peleele en la Presidencia de la República (López Obrador, 2009)”.

Crisis global y estado fallido

México enfrenta en la actualidad dos problemas de gran trascendencia que amenazan el futuro de las nuevas generaciones. Uno es la crisis global que afecta a todo el sistema capitalista, y que golpea a México como a pocos países, y el otro es la aguda crisis política y de gobernabilidad, a raíz del ascenso fraudulento de Felipe Calderón a la Presidencia de la República.

Como planteo en un trabajo anterior (Guillén, 2009), la crisis global es la crisis más importante registrada en el capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una crisis de deuda-deflación de nuevo tipo, que señala los límites del *régimen de acumulación con dominación financiera* vigente desde la década de los años ochenta caracterizado, entre otros elementos, por la bursatilización, es decir, por un régimen de financiamiento basado en la emisión de obligaciones y de derivados.

La instauración de ese régimen de acumulación con dominación financiera, sustentado en la liberalización, desregulación y globalización de los mercados de bienes y de los mercados

financieros, fue una respuesta de los segmentos de punta del capital y de las principales potencias capitalistas frente a la "gran crisis" que comienza a finales de los años sesenta, y que significó el fin del modo regulación monopolista-estatal vigente desde la posguerra y del régimen de acumulación fordista en el cual se sustentaba (De Bernis, 1988).

La globalización neoliberal impulsó un nuevo régimen de acumulación dominado por las finanzas, pero fue incapaz de establecer un nuevo modo regulación. Si bien ese régimen permitió amasar enormes fortunas a algunos segmentos del capital, fue incapaz de asegurar la estabilidad estructural de la reproducción del capital en el conjunto del sistema. Y ello fue así porque el nuevo régimen se apoyó en políticas "fundamentalistas de mercado" fundadas en el credo clásico y neoclásico del equilibrio y de la autorregulación de los mercados. La globalización, la desregulación y la liberalización financiera, profundizaron la fragilidad de los mercados financieros alentando el sobreendeudamiento de los agentes económicos.

La crisis actual es una crisis inédita y multifacética. La crisis económica y financiera se entrelaza con otras crisis: la crisis alimentaria; la crisis ecológica y del calentamiento global; y con los límites de un paradigma energético y de un modo de consumo basado en el uso y abuso de los combustibles fósiles. Se asiste, en muchos sentidos, a la crisis de lo que Braudel denominaba la civilización occidental.

En 2009, la crisis global atraviesa por una segunda etapa caracterizada por la paralización del crédito; la crisis bancaria; el inicio de una recesión generalizada, cuya sincronía y profundidad no guarda paralelo con ninguna desde la posguerra; y la profundización de las tendencias deflacionarias en los países del centro. En esta etapa, a diferencia de la primera, en 2007-2008 en la que predominaban las turbulencias en la esfera financiera, en ésta los movimientos se desenvuelven en dos planos: de la

economía real hacia de las finanzas y de las finanzas hacia la economía real.

Hoy no sólo la economía estadounidense atraviesa por una profunda recesión, sin salida en el corto plazo, sino que la actividad económica se ha paralizado en prácticamente todo el mundo. En ese marco, México, dada su gran dependencia respecto a la economía estadounidense, se debate en la recesión más profunda de su historia moderna, con desplomes de la producción superiores a las registradas durante las recesiones de 1982-1983 y de 1994-1995. El asunto es más serio, porque a diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos que se beneficiaron de la expansión mundial 2002-2006 y del *boom* de los mercados de materias primas asociado a la misma, México entra en recesión después de dos décadas de semiestancamiento económico. Es por ello que no puede considerarse, como lo pretende el gobierno de Calderón, que la crisis viene de fuera, ya que la precaria situación de la economía es el resultado de la inserción pasiva de nuestro país en la globalización neoliberal, y de la aplicación dogmática de políticas fundamentalistas de mercado contrarias al interés nacional.

La recesión mexicana comenzó el cuarto trimestre de 2008. En el primer trimestre de 2009 el desplome de la producción no tiene precedente. El PIB bajó en ese lapso a una tasa anualizada de 21.5%. Se trató de la mayor caída a nivel mundial sólo superada por la emproblemada Lituania que registró una baja de 35.8 por ciento. Para el segundo trimestre se espera una baja igual o peor. La estimación de la CEPAL para México en 2009 es de una caída del PIB de 7%, la mayor de todos los países de América Latina y muy superior a la baja de 3.1% estimada para la región en su conjunto.

El aspecto más ominoso de la crisis es el alarmante crecimiento del desempleo. Desde el comienzo de esta recesión, se han perdido más de 800 mil plazas de trabajo en el sector formal

de la economía.⁶ La tasa de desempleo abierto se disparó hasta alcanzar en junio de 2009 el 5.1% de la población económicamente activa, superior a 3.55% de un año antes. Es de esperarse una multiplicación de la economía informal y de las actividades ilícitas, máxime que la válvula de la migración se ha angostado considerablemente. Según un estudio reciente del Pew Hispanic Center, el número de migrantes mexicanos a Estados Unidos entre marzo de 2008 y marzo de 2009 fue de sólo 175 mil, el punto más bajo en 10 años, y algo así como la mitad del promedio de los dos años anteriores y la tercera parte del pico alcanzado al comienzo de esta década (*La Jornada*, 2009).

La crisis a nivel mundial tiene todavía un largo camino por recorrer. El proceso de desvalorización de los capitales no ha concluido aún. Hasta ahora los países desarrollados han bajado hasta el límite las tasas de interés y han ejecutado agresivos programas fiscales de salvamento para estabilizar sus mercados financieros, romper la restricción crediticia y contener la recesión, sin que hayan logrado modificar sustancialmente el marco de incertidumbre en que se desenvuelve la economía mundial. Por el contrario, el panorama se nubla por el avance de la deflación y por su imbricación con la recesión.

Para México la salida de la crisis parece aún más lejana que en otros países. Las medidas emprendidas por el gobierno han sido tardías e insuficientes. Todo parece indicar que la estrategia gubernamental es la de “nadar de muertito” esperando que la economía estadounidense salga pronto a flote y las cosas vuelvan a ser como antes. Entonces, se piensa, bastará con reemprender el camino retomando la cantaleta gastada de las reformas estructurales. Sin embargo las dificultades son muy grandes. En

⁶ El número de asegurados permanente del IMSS disminuyó en 840 406 plazas de julio del 2008 a julio del 2009, según informes estadísticos de la misma institución.

esta ocasión no habrá salida exportadora para ningún país, lo que obligará a reestructurar los sistemas productivos y a buscar la salida de la crisis en los mercados internos y en espacios regionales de integración.

Para salir de la crisis se necesitaría cambiar de rumbo y aplicar un programa de emergencia económica que coloque en un primer plano la creación de empleos. Pero no se pueden pedir peras al olmo. El gobierno calderonista y la oligarquía dominante están tan profundamente imbricados con el capital financiero internacional, sobretudo con el estadounidense, que resulta inviable esperar que se trascienda el marco del neoliberalismo.

Y eso nos lleva al otro problema toral de México: la crisis política y la creciente debilidad del Estado mexicano. El gobierno de Calderón para tratar de legitimarse después de su ascenso fraudulento al poder, enfocó su acción a una supuesta lucha frontal contra el narcotráfico, en una réplica de la lucha antiterrorista emprendida por George W. Bush después de los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York. Para ello sacó el ejército a las calles a realizar funciones policíacas para las cuales no está facultado por la Constitución. Los resultados están a la vista: más muertos que las bajas estadounidenses en la guerra de Irak, múltiples abusos sobre la población civil, pérdida de territorio frente a los cárteles. Se puede argüir que el ejército mexicano es constitucional y que está subordinado al Presidente de la República, pero es cierto igualmente que éste depende cada vez más de los militares.

En este marco de desmoronamiento institucional, no es de sorprender que personeros del gobierno estadounidense hayan colocado a México en la lista de “Estados fallidos”, junto con el convulso Pakistán. Aunque esta definición fue desmentida después por el Departamento de Estado de ese país y por el propio presidente Obama, quienes elogiaron la valentía y decisión del presidente Calderón en la lucha contra el narco, es clara la

preocupación de la administración estadounidense por la debilidad del Estado mexicano y por la precaria situación económica y social de nuestro país. No en balde colocaron como embajador en México a Carlos Pascual, estadounidense de origen cubano, especialista en “Estados fallidos”.

Por Estado fallido se entiende aquellos estados incapaces de autogobernarse, por lo que la “comunidad internacional” debe intervenir para reconstruir sus instituciones. Según el neoconservador Fukuyama, en los Estados débiles:

La soberanía y por tanto la legitimidad ya no puede ser conferida al poder de facto de un país [...] Bajo estas circunstancias los poderes externos, actuando en nombre de los derechos humanos y de la legitimidad democrática, tienen no sólo el derecho, sino también la obligación de intervenir (Fukuyama, 2004: 97).

Bajo esa doctrina se arroparon y se decidieron las intervenciones de Yugoslavia, Afganistán e Irak. Pero es interesante observar que desde 2004 un autor tan influyente como Fukuyama considerara a México como Estado fallido. Incluía en su lista no sólo a aquellos países que representaban una amenaza real o suelta a las “democracias occidentales”, sino también a aquellos “que tienen bolsones de pericia institucional en áreas como bancos centrales o el manejo de las tasas de cambio, pero que tienen problemas en servicios como la educación o el imperio de la ley, por ejemplo, Perú y México (Fukuyama, 2004: 101)”.

No pretendo sugerir que México se encuentre ante un peligro inminente de intervención por parte de Estados Unidos, pero sí que la debilidad política del actual gobierno, la pérdida de gobernabilidad en partes de su territorio, empujan al Estado mexicano a subordinar la política interna a los intereses de seguridad de Estados Unidos. Nuestro país renuncia crecientemente a su mermada soberanía y se convierte en un espacio territorial del “perímetro de seguridad de América del Norte”.

En resumen, nuestra nación afronta una de las situaciones más difíciles de su historia: una economía postrada ante la crisis, un Estado débil cada vez más militarizado y subordinado a los intereses de la oligarquía interna y de los Estados Unidos, y una democracia simulada donde los partidos políticos y los órganos electorales han perdido representatividad y legitimidad ante la sociedad.

Las perspectivas de cambio se encuentran más que en los partidos políticos registrados, en la capacidad de movilización y organización de los movimientos sociales, como el que se agrupa alrededor de Manuel López Obrador, o en aquellos que practican una estrategia de resistencia, como el EZLN y otras organizaciones. Como lo demostró el Movimiento en Defensa del Petróleo que detuvo la intención oligárquica de desnacionalizar “legalmente” la industria petrolera, sólo la movilización popular organizada, tanto en el marco electoral como en otros frentes, permitirá transformar al país y enrumbarlo en la vía de un proyecto nacional de desarrollo que mejore la vida de las grandes mayorías.

México, D.F., julio de 2009.

Bibliografía

- Aguilar, A. y J. Carrión (1975), *La burguesía, la oligarquía y el estado*, 3ª. Ed., México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Bresser-Pereira, L. C. (2007), "El nuevo desarrollismo y la ortodoxia convencional", *Revista Economía UNAM*, núm.10, enero-abril, México, UNAM.
- Furtado, C. (1965), *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Ferrer, Aldo (2008), "La economía argentina: situación actual y perspectivas" en Arturo Guillén y Gregorio Vidal (coord.), *Opciones para el desarrollo de América Latina*. Madrid, FCE.
- French-Davis, R. (2005), *Reformas para América Latina: después del fundamentalismo neoliberal*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (2004). *State-building. Governance and World Order in the 21st. Century*, New York, Ithaca, Cornell University.
- Frente Amplio (2008), *Petróleo y Seguridad Energética*. México, Paradigma y Utopías, Ediciones del Partido del Trabajo.
- Guerrero I. L. F., López-Calva y M. Walton (2006), *La trampa de la desigualdad y su vínculo con el bajo crecimiento en México*, Washington, Banco Mundial, disponible en <http://siteresources.worldbank.org>
- Guillén, A. (2009), "The party is over la crisis global y la recesión generalizada". *Revista Economía UNAM*, núm. 16. México, enero-abril, UNAM.
- _____. (2007). "Para superar el estancamiento económico en México: "nudos críticos" de un proyecto nacional de desarrollo", *Revista de Economía Política*, vol. 27, núm. 4, Sao Paulo, octubre-diciembre.
- _____. (2007a), *Mito y realidad de la globalización neoliberal*, México, Miguel Ángel Porrúa-UAM-I.

- Harvey, D. (2003), *The new imperialism*, Oxford, Oxford University Press .
- Ibarra, D. (2009), "Crisis, consumismo, dolarización", *Revista Economía UNAM*, Nnúm. 16. México, UNAM, enero-abril.
- La Jornada* (2009), "Disminuye el flujo migratorio de México hacia EU, revela estudio", 23 de julio.
- López Obrador, A. M. (2009), *Carta a Barack Obama*. México, 15 de abril, disponible en www.amlo.org.mx
- Lukács, G. (2003), *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Ocampo, J. A. (2006), "Más allá del Consenso de Washington", *Revista Economía UNAM*, núm. 7, enero-abril.
- Poulantzas, N. (1968), *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, 23a. ed., México, Siglo XXI.
- Subcomandante insurgente Marcos (2000), "México, 2000: ventanas abiertas, puertas por abrir", *La Jornada*, México, 4 de diciembre.
- Tavares, C. y J. Serra (1998), "Más allá del estancamiento", *Cinuenta años de la CEPAL*, vol. II, Santiago, FCE-CEPAL.
- Vidal, G. (2008), "México: crecimiento por medio de exportación de manufacturas y tendencia al estancamiento" en G. Vidal (coord.), *Los procesos de integración y las opciones de México para el desarrollo*, México, Miguel Ángel Porrúa-UAM-I.
- Williamson, J. (1990), *El cambio en las políticas económicas de América Latina*. México, Guernika.
- Williamson J. y P. P. Kuczynski (2003), *After the Washington Consensus*. Washington, Institute for International Economy.